

# El erotismo como política de lo íntimo en el cuento “Valle Alto” de Yolanda Oreamuno\*

Fecha de recepción: 15 de julio de 2017

Fecha de aprobación: 09 de septiembre de 2017

## Resumen

En este artículo analizo el cuento “Valle alto” (1946) de la escritora costarricense Yolanda Oreamuno (1916-1956) atendiendo al tratamiento de la sexualidad femenina que realiza la autora en el marco general de los planteamientos feministas de la primera mitad del siglo XX en Latinoamérica, y en consideración de la problemática identitaria *público-nacional* que observaremos en la Generación del Cuarenta en Costa Rica. En este análisis veremos cómo esta problemática identitaria es cuestionada en el cuento de Oreamuno al presentar una subjetividad inserta en otra dimensión de existencia: lo *privado-nacional*.

**Palabras claves:** “Valle Alto”, sexualidad femenina, Generación del Cuarenta, público-nacional, privado-nacional.

## Claudia Paéz Sandoval

Profesora e investigadora de la Universidad de Chile. Magister en Estudios Latinoamericanos y Doctoranda en Literatura, Pontificia Universidad Católica de Chile.

clpaezs@ug.uchile.cl

\* Artículo de reflexión que se inscribe en el marco del Proyecto FONDECYT n° 1150254 “Exilio, diáspora y peregrinaje cultural: escritores de las (post) vanguardias en México y los Estados Unidos” (2015-2018), investigador responsable Leonel Delgado Aburto.

---

**Citar:** Páez Sandoval, C. (julio-diciembre de 2017). El erotismo como política de lo íntimo en el cuento “Valle Alto” de Yolanda Oreamuno. *La Palabra*, (31), 161–175. doi: <https://doi.org/10.19053/01218530.n31.2017.7277>.

# Eroticism as Politics of the Intimate in the Short Story “*Valle Alto*” [High Valley] by Yolanda Oreamuno

## Abstract

This paper analyzes the short story “*Valle alto*” [High Valley] (1946) by the Costa Rican writer Yolanda Oreamuno (1916-1956), focusing on the treatment of feminine sexuality explored by the author, framed by feminist theories of the first half of the XX century in Latin America, and in consideration of the discussion on public-national identity that can be observed in the Generation of the Forties in Costa Rica. In this analysis we will observe how this issue of identity is questioned in Oreamuno’s short story, presenting a form of subjectivity inserted in another dimension of existence: the private-national.

**Palabras claves:** *Valle alto* [High Valley], feminine sexuality, Generation of the Forties, public-national, private-national.

## L’erotisme comme politique de l’intime dans la nouvelle “*Valle Alto*” [Haute vallée] de Yolanda Oreamuno

## Résumé

dans cet article nous analyserons de quelle manière l’écrivain costaricienne Yolanda Oreamuno (1916-1956) construit dans la nouvelle “*Valle alto*” (1946) la sexualité féminine dans le cadre des idées féministes de la première moitié du XX siècle en Amérique Latine, et de la problématique identitaire *publique-nationale* que nous observons dans la Génération du Quarante au Costa-Rica. Nous étudierons comment cette problématique identitaire est remise en question dans la nouvelle d’Oreamuno en présentant une subjectivité inscrite dans une autre dimension de l’existence: la *privée-nationale*.

**Mots-clés:** *Valle alto*, sexualité féminine, Génération du Quarante, publique-national, privé-national.

## Introducción

La modernización literaria, entendida como un proceso polimorfo (Herrera, 2009), ha dado cabida a diversos movimientos literarios en Centroamérica. El realismo es uno de ellos. El costumbrismo, como tendencia realista, es fundamental para ingresar en los principios valóricos como la afirmación de la nacionalidad y la lucha de clases en la primera mitad del siglo XX en Costa Rica. En la medida en que este movimiento, compuesto por las ideas ilustradas que privilegian la razón, la transparencia del lenguaje y la finalidad didáctica, valora la familia patriarcal y la nación, da cuerpo a una subjetividad que llamaremos *público-nacional*.

Márgara Russoto (2005) nos señala la modernidad como una esfera pública y masculina que asignó lugares y roles a cada sexo, determinando modelos de comportamientos, géneros literarios, temáticas, estilos y formas. En ese sentido, se podría advertir que, pese a la importancia política, artística y reflexiva de la producción literaria de las escritoras de la primera mitad del siglo XX en Hispanoamérica, su corpus no está considerado dentro del canon de la literatura latinoamericana porque las mujeres, según el principio de la familia patriarcal, no pertenecen al ámbito masculino. Por esa razón, la presencia de

las mujeres en espacios que no les pertenecían o correspondían según el mandato social, era sinónimo de transgresión y significaba un desprecio hacia los códigos sociales.

Su gesto se orienta hacia el logro de un cosmopolitismo letrado, más allá de pretendidas actualizaciones dialectales, en realidad, deformaciones lingüísticas a veces caricaturescas, de perspectiva folklorista. Esta preocupación ralla en ocasiones en cierto menosprecio, no solo de los lastres coloniales y provincianos en las prácticas culturales, sino hacia la nacionalidad misma, de la que es acérrima crítica (Zabala, 2009, p. 99).

Si seguimos la idea de Russoto sobre la modernidad como esfera público-masculina y pensamos el sentido de la literatura realista en relación con la formación de las naciones hispanoamericanas de comienzos del siglo XX, podríamos inferir que hay allí un tipo de subjetividad que se desenvuelve en lo público y que reflexiona en torno a la identidad nacional, que es antagónica de las subjetividades femeninas emergentes.

El canon literario hispanoamericano, dinamizado por la pregunta acerca de la identidad

nacional y continental, y los problemas que suscita nuestra condición histórica de subalternidad, ha producido subjetividades en la primera mitad del siglo XX, exigidas por la constitución nacional republicana que funciona produciendo deseos populares y “*performance* en el que se dramatiza la entrada de los pueblos sin historia en el contexto del occidentalismo” (Moraña, 2014, p. 60). En este marco, la subjetividad presente en el canon está ligada a los roles públicos, institucionales e impersonales; que funcionan en la medida en que disminuyen y menoscaban el ámbito de lo privado, lo doméstico y lo personal.

A continuación, observaremos brevemente de qué manera la crítica literaria ha organizado estas premisas en consideración del fundamento cognitivo-positivista. De inmediato, podemos dar un ejemplo de esta articulación en un tipo de crítica que establece una diferencia entre la literatura *comprometida* y la literatura *intimista*. Veamos.

Se trata de una diferenciación sexual entre una producción literaria que participa de las ideas universales, es decir, una literatura comprometida con el ámbito de lo social y los temas referidos a los problemas del campesin(ad)o y la lucha de clases, y una producción literaria atada a las singularidades

de la existencia<sup>1</sup>, vale decir, una literatura intimista que opera en las subjetividades y sus interacciones dentro y fuera del espacio privado de la familia tradicional. Literatura comprometida y literatura intimista, en definitiva, nombrarían dos operaciones que organizan los modos de decir en cada sexo, según esta crítica. Al respecto, es interesante observar cómo, desde la psicología social crítica feminista (Cabruja y Fernández-Villanueva, 2011), se ha cuestionado la base de esta diferenciación asociada al sexo.

Los modelos de desarrollo evolutivo, tanto el cognitivo como el emocional, suelen describir una transición del apego al desapego, de la dependencia a la autonomía, y terminan proyectando una imagen desvalorizada para las mujeres. Estos conceptos que en principio parecen neutros, se utilizan después para construir las diferencias de género asociando lo femenino al apego y la dependencia y lo masculino al desapego y la autonomía (p. 91).

En este sentido, mientras el compromiso, ligado al sexo masculino, es la virtud de estar políticamente implicado en un proyecto nacional; lo intimista, ligado al sexo femenino, es la preocupación por lo personal y las cosas concretas de la experiencia humana, como el cuerpo, el goce, la sexualidad, la maternidad, la casa, etc. La inclusión de las mujeres a la dimensión humana de existencia, como afirma Simone de Beauvoir (1949) en *Segundo sexo*, es una tarea urgente y de larga data en Latinoamérica; es una corriente subterránea movilizadora por las escritoras a partir del siglo XIX, que tiene un importante antecedente en el siglo XVII con la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz* (1691) de la Juana Inés de la Cruz<sup>2</sup>, donde la poeta cuestiona la situación social y económica de las mujeres en una carta que José María de Cossío (2011) nombra como “Carta Magna de la libertad intelectual de las mujeres en América”.

Es interesante pensar que el ingreso de la poeta a las monjas jerónimas resultó ser la condición de posibilidad para el desarrollo de su deseo de estudiar

y escribir. En ese sentido y para efectos de este trabajo, es sugestivo pensar que Sor Juana, a partir de 1669, como monja jerónima, logra producir un espacio íntimo donde despliega –y defiende– su deseo. Se trata de un espacio de emergencia del yo de la sujeto, como escritora e intelectual a partir del cual ella prepara y potencia su participación en el ámbito de lo público.

La afirmación de humanidad de las mujeres se ha erigido, necesariamente, cuestionando el orden de las cosas que las ha limitado como ciudadanas. En ese sentido, esta afirmación de subjetividad inevitablemente cuestiona los valores nacionales de la sociedad latinoamericana de la primera mitad del siglo XX. Magda Zabala (2009), en “El cuento que desafía: las narradoras costarricenses y el gesto de ruptura”, afirma lo siguiente sobre esta problematización en relación a Oreamuno.

Su gesto se orienta hacia el logro de un cosmopolitismo letrado, más allá de pretendidas actualizaciones dialectales, en realidad, deformaciones lingüísticas a veces cari-

<sup>1</sup> Mary Louise Pratt (2000) en “‘No me interrumpas’: las mujeres y el ensayo latinoamericano”, nos cuenta que “en un novedoso e iluminador estudio sobre el ensayo, el crítico estadounidense David William Foster plantea el tema de la ensayística de las mujeres en un breve capítulo final dedicado a los *Testimonios* de Victoria Ocampo, cuya principal característica –en opinión del crítico– es la evidente insignificancia de los temas abordados. Aunque Foster se afana por proponer una lectura seria de los *Testimonios*, su análisis no abandona el punto de vista tradicional de que las mujeres están fuera del ámbito verdaderamente intelectual” (73).

<sup>2</sup> “En el año 1974 México dio a Sor Juana Inés de la Cruz el título de Primera Feminista de América. Es un dato que no tenemos por qué soslayar, si bien, como mujeres, queremos puntualizar cuál es ese feminismo de Juana”, afirma el Grupo Feminista de Cultura en el Prólogo del libro *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, publicado en 1991 por Editorial Fontana, México.

capturescas, de perspectiva folklorista. Esta preocupación ralla en ocasiones en cierto menosprecio, no solo de los lastres coloniales y provincianos en las prácticas culturales, sino hacia la nacionalidad misma, de la que es acérrima crítica (p. 99).

En otro ámbito de la obra de Oreamuno, Zavala destaca el surrealismo de algunos cuentos como “Insomnio” (1937) o “Valle alto” (1946), y agrega que en ellos “se afirman las necesidades de la sexualidad femenina, más allá de lo límites institucionales” (2009, pp. 100-101). Esta senda *no* comprometida con los temas de la literatura canónica de la literatura llamada intimista, que atiende a cuestiones de orden público-nacional, permite pensar otra modernidad, una no vinculada con el protagonismo masculino. Se trata de una modernidad que se ocupa de la problemática privado-nacional vinculada con un espacio íntimo y la *escritura femenina*<sup>3</sup>. Bajo esta idea, podríamos pensar que la especificidad de una escritura femenina tiene que ver con la práctica de la disidencia a la referencia paterna y masculina,

al orden tradicional. Se trata de una especificidad que nace en lo heterogéneo y múltiple, y produce un yo que *arruina* al yo de la tradición épica y lírica<sup>4</sup>.

En coherencia con la diferenciación sexual que establece la crítica para hablar de dos literaturas, la filósofa feminista Iris Marion Young (2000) propone suspender el cuestionamiento a la dicotomía público/privado para cuestionar el *ideal de imparcialidad* en sí. Más allá de oponer la ética de los derechos a la ética de los cuidados o, en este caso, de oponer la universalidad de la literatura comprometida a la particularidad de la literatura intimista, la filósofa propone criticar el ideal de neutralidad que anima todo contexto moral o simbólico.

En el caso del canon, que deja a la llamada literatura *intimista* fuera de la relevancia público-nacional por no caber en los parámetros que organizan dicha estructura, observamos un enmascaramiento por parte de las perspectivas del grupo de la universalidad a las producciones que se escapan de dicha organización dominante. Siguiendo esta idea, la tarea a asumir es

repensar los conceptos “comprometido” y “social” para suspender aquella desvaloración histórica de lo privado que, dicho sea de paso, contribuye con la exclusión de las subjetividades inscritas en otros marcos referenciales, como los desarrollados en el trabajo doméstico, de cuidados y de crianza.

Lo anterior no solo ha limitado y complejizado la entrada de las mujeres al ámbito político, sino que además las ha marginado del reconocimiento humano; ha prohibido su voluntad y agencia, y anulado la posibilidad de autodefinirse y desenvolverse como sujetos históricos y de conocimiento.

Mientras la mujer en su pasividad “femenina” es el Objeto del Deseo que, después del matrimonio, se convertirá en madre y suplemento hogareño para el hombre, éste, en sus faenas productivas, participa activamente en el ámbito de los otros hombres. Así, en el caso de la nación, los hombres la viven y modifican, de una relación de contigüidad mientras las mujeres, en su rol re-

<sup>3</sup> Es interesante tener presente los estudios que realizaron las intelectuales y escritoras feministas de la década de 1980 en Latinoamérica, cuando se preguntaron por la especificidad de la “escritura femenina” (Richard, 1993), concluyendo que tiene que ver con desestructurar/reestructurar el código narrativo hegemónico, violentando el universo referencial y las identificaciones femenino-literarias. Como productividad textual y juego de representaciones (1993, 130), la escritura femenina es tema y forma, significado y significante del texto.

<sup>4</sup> Ya en 1838, con la publicación de *Peregrinaciones de una paria* de Flora Tristán en París (en Lima, 1839), observamos por primera vez en la literatura, un “yo moderno”; una viajera en búsqueda de su autonomía económica y social que va transformándose en una consciencia política que reflexiona sobre las mujeres y las minorías en la sociedad peruana postindependencia (1833-1834).

productivo, sólo tienen la función de engendradoras de dicha nación (Guerra, 2014, p. 199).

A partir de lo anterior, resulta de primera urgencia para las escritoras hispanoamericanas de la primera mitad del siglo XX combatir las perspectivas positivistas desde donde se afirma, por ejemplo, que “la energía gastada en lo intelectual [merma] la capacidad de reproducción biológica” (Guerra, 2014, p. 175) de las mujeres o que la política corrompería su moral. Contra estas ideas, es crucial para las mujeres vindicar el derecho a ser ciudadanas para erigirse como humanidad, pero también es urgente rehabilitar el espacio íntimo asociado al desarrollo del propio yo.

María Rosa Olivera-Williams (2012), en *El arte de crear lo femenino: ficción, género e historia en el Cono Sur*, hace un estudio de la obra narrativa de escritoras del siglo XX preguntándose en el primer capítulo “¿qué tipo de subjetividad añoraban las nuevas ciudadanas?” (p. 29) durante las primeras décadas del siglo XX en consideración de la lucha por la igualdad ciudadana. Esta pregunta es importante porque reinventa una subjetividad que no coincide con la idea de nación como comunidad imaginada, propuesta por Benedict Anderson (1983).

La nación como comunidad imaginada tiene que tener límites, ser soberana, y sus integrantes deben constituir una sólida fraternidad. Esta fraternidad tiene que estar dispuesta a defender con su vida la soberanía y los límites de la nación. Se trata de una fraternidad de ciudadanos-soldados, dispuestos a morir por su patria, como lo recuerda la letra del himno nacional de la “Tierra púrpura”. No puede haber fisuras en esa fraternidad. De haberlas, la soberanía y los límites de la nación se ponen en peligro. Como lo notan Mary Louise Pratt y Francine Masiello, este concepto de comunidad no imagina a las mujeres como miembros de la fraternidad ciudadana (Olivera-Williams, 2012, p. 33).

En el mismo sentido que Olivera-Williams (2012), Patricia Alvarenga (2014) en su libro *Identidades en disputa: las reinventiones del género y la sexualidad en la Costa Rica de la primera mitad del siglo XX*, reflexiona críticamente la construcción de la identidad femenina en consideración del discurso del “honor” asociado a las mujeres. Al respecto, es interesante la conclusión de la autora sobre esto en una conferencia impartida en el Centro de Investigación en Identidad y Cultura

Latinoamericanas (Ciicla) de la Universidad de Costa Rica en el 2008, donde habla acerca de su libro *Identidades en disputa*, en proceso en ese entonces.

A través del honor, se pretende normar la sociedad, negando un espacio en el orden establecido a los deseos y aspiraciones íntimas, en particular cuando se trata de las mujeres. Las voces de Lola y Rosa, jóvenes de la década de 1910 que abogan por el derecho de la mujer a compartir placeres masculinos, así como aquellas de los anarquistas defensores del amor libre, o sea del amor como fundamento de la unión de pareja, son marginalizadas en los años venideros mediante la exaltación por parte de discursos alternativos de los valores del sacrificio y de la virtud femenina y, por otra parte, mediante el esfuerzo de las instituciones hegemónicas por expandir el discurso del honor entre los sectores subalternos. Éste, al colocar el capital simbólico de la familia en el cuerpo femenino, lo convierte en un simple instrumento de negociación en el mundo patriarcal, desvalorizando cualquier propuesta que pretenda colocar en primer plano el derecho femenino a la búsqueda de la felici-

dad, la realización y la autonomía.

La cita anterior es relevante por varios aspectos tratados hasta ahora, que vinculan nación y sexualidad. Tanto la igualdad ciudadana como la rehabilitación de un espacio íntimo para la emergencia del yo, son relevantes para pensar el control que ejerce la sociedad sobre los cuerpos de las mujeres, quienes están obligadas a encarnar el capital simbólico de la sociedad y la familia. Justamente, el ámbito privado de existencia, estructurado bajo las ideas de la comunidad, es “un espacio altamente codificado, provisto de lenguajes y jerarquías de poder específicas” (Cisterna, 2016, p. 230), que las mujeres como “sujetos históricamente marginados de lo público” (Ibídem) van a deconstruir en la narrativa.

### La politización de lo íntimo en la primera mitad del siglo XX

Las escritoras Gabriela Mistral, Teresa de la Parra, Alfonsina Storni y Victoria Ocampo –por nombrar unas pocas– han problematizado la situación de las mujeres en relación con la maternidad, el matrimonio y la educación, atendiendo a la desigualdad social y económica y la exclusión del espacio público. En una reciente antología titulada *Latinoamérica pensada por mujeres: trece escritoras*

*irrumpen en el canon del siglo XX*, coordinada por Mayuli Morales (2015), se compila a escritoras que desarrollaron el ensayo y amplificaron las problemáticas sociales en el campo intelectual latinoamericano. A continuación, expongo cuatro artículos que forman parte del libro, y que nos permitirán comprender los temas que estas autoras desarrollan.

Mistral (1940) en “Madre: Obra maestra”, asimila los esfuerzos y los aportes de la madre a los trabajos bajo el sol de los hombres, manifestando su admiración por el funcionamiento del cuerpo materno en relación con la lactancia; de la Parra (1930) en “Influencia de las mujeres en la formación del alma americana”, además de cuestionar el “bovarismo hispanoamericano” por el que atraviesan las mujeres, afirma que en el marco del contrato legal del matrimonio que establece la sumisión y la fidelidad unilateral de las mujeres, la ley de divorcio es una clave para liberarse de los servicios domésticos y sexuales a las que quedan obligadas por medio de este contrato; Storni (1920), por su parte, en “La complejidad femenina”, reflexiona acerca de las diversas opresiones que sufren las mujeres, quienes deben reprimir “sus instintos” en pos de salvaguardar la estabilidad de la familia y del Estado; y Ocampo (1940)

en “La mujer, sus derechos y sus responsabilidades”, cuestiona que la diferencia entre hombres y mujeres sea biológica, afirmando que son las prácticas educativas o procesos culturales los que inciden en la diferencia temperamental, social y económica de ambos sexos.

Como se aprecia, los abordajes de las escritoras contribuyen a reflexionar las condiciones sociales, económicas y políticas que están en la base de la situación de las mujeres en Latinoamérica durante la primera mitad del siglo XX. Del mismo modo, Oreamuno, en su ensayo para el concurso del Colegio de Señoritas “Medios que usted sugiere al Colegio para librar a la mujer costarricense de la frivolidad ambiente” en 1933<sup>5</sup>, ofrece un diagnóstico de los males sociales que afectan a las jóvenes costarricenses, aclarando que “la frivolidad ambiente” es el resultado de las restricciones a las que han estado sujetas las mujeres desde los primeros años en el seno de sus familias.

Ser “hija de familia” equivale a estar sujeta a la tutela intelectual y moral de nuestros mayores, a perpetuidad; viene a ser como un descargo de responsabilidades en una persona que se considera más capaz para asumirlas. La “hija de familia” es pro-

<sup>5</sup> En 1938, es publicado en *Repertorio Americano*, revista editada por Joaquín García Monge.

ducto de un núcleo pequeño y cerrado -cerrado, esto es lo grave- al exterior y del que generalmente el padre es la puerta y la llave a la vez (Oreamuno citado en Mayuli, 2015, p. 326).

A partir de esta crítica, Oreamuno problematiza los objetivos de la educación de las mujeres, critica la autoridad del padre, la obediencia irrestricta, el falso sentido de la ciencia y de la libertad, y el problema de la redistribución. Además, sostiene la tesis que para combatir “la frivolidad ambiente”, las mujeres requieren de educación sexual y política. De este modo, podrán conocerse a sí mismas y a los otros, y sensibilizarse con los problemas de la nación y del mundo. La autora se pregunta si acaso “¿se educa a nuestras muchachas para que sean buenas señoras de casa, correctas esposas, y fuertes madres, o se las educa para que tomen una activa parte en el conjunto social, dentro y fuera del hogar?” (Oreamuno citado en Mayuli, 2015, p. 325). Como se aprecia, Oreamuno mantiene la misma posición de las otras escritoras, quienes problematizan el marco referencial de lo privado y lo doméstico, transformándolo en una problemática *privado-nacional*.

Es interesante consignar que, en medio de un corpus narrativo de corriente regionalista en Centroamérica entre las décadas de 1930 y 1940, donde se representa un universo rural de violencia ejecutada por la oligarquía y por las inclemencias de la naturaleza, Oreamuno cuestiona duramente otra violencia: la que ejecuta la familia en la figura del padre y del esposo y que se reproduce en las instituciones, manteniendo a las mujeres al margen de la incidencia nacional.

Después de la década de 1940 en Costa Rica, la situación literaria ligada al pintoresquismo adquiere una postura distinta, más política. En esta renovación, la Generación del Cuarenta, compuesta por simpatizantes y militantes comunistas, donde incluimos a Oreamuno, es clave para pensar estos nuevos bríos. Sin embargo, las voluntades renovadas de la Generación van a operar con códigos tradicionales compartidos con el sector conservador de la sociedad (Alvarenga, 2008) cuyo asunto es la identidad ligada a lo público-nacional y la valoración de la familia patriarcal. A continuación, observaremos cómo este foco de la Generación choca con “la politización de lo íntimo” que desarrolla Oreamuno.

## La subjetividad pública de la Generación del Cuarenta en Costa Rica

En Costa Rica<sup>6</sup>, la emergencia de la Generación del Cuarenta<sup>7</sup> guarda relación con la necesidad de diferenciarse de los “escritores del olimpo” del siglo XIX (Guenec, 2011) que trabajaban para la oligarquía terrateniente del Valle Central ensalzando los valores tradicionales de la familia y de la patria. En este marco, resulta comprensible que bajo el modelo económico agro-exportador de las oligarquías terratenientes —enriquecidas con el modelo de trabajo forzado hasta la segunda mitad del siglo XX— exista la urgencia de incorporar una nueva idea de nación que releve al sujeto campesino, al indio y el asunto de la lucha de clases. Por esa razón, el problema de la distribución de la tierra, del capital extranjero y de la economía extractivista, encarnada en la Unit Fruit Company (1890-1970), son prioritarias para esta Generación.

Pero en esta línea *público-nacional* que se relaciona con el predominio de una “obediencia institucional al realismo social y al aparato revolucionario-partidista” (Rodríguez, 2007, p. 28) de los integrantes de la Ge-

<sup>6</sup> En Costa Rica, el panorama político literario a partir del siglo XIX intenta definir una literatura nacional describiendo el mundo agrícola, específicamente el mundo del campesinado. En ese marco encontramos el héroe nacional Juan Santamaría, arquetipo de campesino costarricense que toma las armas y sacrifica su vida para defender a la patria del enemigo extranjero (Guenec, 2005).

<sup>7</sup> A esta Generación también pertenecen Fabián Dobles, Carlos Luis Fallas y Joaquín Gutiérrez.

neración<sup>8</sup>, se pierden los elementos literarios vanguardistas, como observaremos más adelante en el análisis del cuento “Valle alto”. Hay que tener en cuenta que esta Generación, pese a su propuesta modernizadora, mantiene la valoración de la familia patriarcal y desatiende la politicidad de la literatura de Oreamuno que problematiza las relaciones de poder en las esferas privadas, cuestiona los roles sexuales tradicionales, y reafirma la libertad sexual y el componente erótico en la subjetividad de las mujeres.

Como sabemos, la construcción adecuada de mujer a partir del siglo XIX, se perfiló desde el espacio público hacia el privado por medio de revistas, folletines y reuniones sociales. Esta situación fue nociva para las mujeres, pues no solo se las mantenía marginadas del ejercicio político, sino que además de una parte relevante del espacio privado: el espacio íntimo. Contra la exclusión de los espacios público e íntimo, el cuento “Valle alto” se opone al mandato social que incluye el control del cuerpo y la sexualidad de las mujeres.

La relevancia política de “lo íntimo” antes de ser problematizado por las feministas radicales de la segunda ola a finales de la década de 1960 en Estados Unidos, es relevado por las es-

critoras hispanoamericanas de la primera mitad del siglo XX, quienes no solo lo hacen explotar como dimensión estética, sino que también lo proponen como espacio para el desarrollo del propio yo. El *compromiso* con lo íntimo va a ser realzado como problema social por parte de las escritoras, por ser una dimensión política clave a salvaguardar para suspender la marginación tanto del reconocimiento (espacio público) como de la configuración autónoma del yo (espacio íntimo). En este sentido, propongo que lo político emerge en la literatura de las escritoras, justamente, cuando se abre el núcleo cerrado del hogar del que habla Oreamuno, y cuando se cuestiona el poder que ejerce el padre y el esposo al interior de la familia.

A continuación, observaremos una subjetividad opuesta a la idea tradicional de la “hija de familia” que referimos el apartado anterior. La protagonista de “Valle alto” realiza su objetivo ligado al cumplimiento de su deseo erótico fuera del ámbito institucional del matrimonio, de la reproducción y de la maternidad, provocando no solo una suspensión de los roles sexuales hegemónicos, sino también una transgresión a los modos habituales de ser y estar de las mujeres de la primera mitad del siglo XX.

### Una subjetividad libre en el cuento “Valle alto”

El tema del erotismo y las sensualidades femeninas, ha sido despreciado por la cultura hegemónica. Ya lo planteó Kate Millet en *Política sexual* (1969), donde sostiene que el “sexo” es una categoría social política. Lillian Barraza (2013) en su artículo “Erotismo femenino en (*Des*) encuentros (*Des*)esperados de Andrea Maturana”, afirma que han sido las voces narrativas femeninas las que han integrado el erotismo a las historias personales como elemento propio de la naturaleza humana. Es decir, estas voces o subjetividades han naturalizado el erotismo. Esta naturalización opera al mismo tiempo como apertura, producción y politización de lo íntimo. Esta emergencia plural en la narración, amplía la problemática social asociada a las formas de dominación entre los sexos. En ese sentido, al lado de la “clase”, las escritoras van a incluir el “sexo” como categoría política que amplifica la problemática social al incluir las relaciones de poder entre hombres y mujeres en la familia y fuera de ella. Oreamuno en la voz narrativa femenina del cuento “Valle alto”, da forma a una subjetividad femenina libre; una viajera que vive una experiencia erótica en conjunto con la naturaleza y un hombre.

<sup>8</sup> Militantes del Partido Comunista de Costa Rica, creado en 1931.

La narración comienza en Ciudad de México, con una narradora describiendo las sensaciones de las inclemencias del clima en la protagonista. La narradora —cómplice de la protagonista— nos dice que hace varios días se mantenía la amenaza de una lluvia caliente que resultaba peor que el inquietante calor. En medio de estas altas temperaturas, la protagonista lleva prisa por llegar a su destino: el alto valle. Apresurada y decidida a llegar a tiempo, decide tomar la única opción que le permite continuar su plan; y entonces resuelve compartir un taxi con otro viajero. En el camino, ella lo observa y escucha la conversación que sostiene con el chofer, un indio analfabeto.

Durante la escucha, se explicita en la narración que la conversación entre estos hombres no satisface las ideas acerca de la tierra y los indios que tiene la protagonista. Lejos de las supersticiones del chofer, para ella, el paisaje de la tierra apela a otro sentido. La narradora dice: “[...] esos cerritos del alto valle, lucían extrañamente desnudos e infantiles en comparación con los violentos picos nevados del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl” (Oreamuno, 2011, p. 133). Luego, la narradora expresa lo siguiente sobre la protagonista: “abrumada por el monótono paisaje, lentamente, con la lentitud minuciosa con que todas las cosas se hacían

esos días, dibujó una parábola con la mirada desde el blanco horizonte [...] hasta el cuello del hombre” (pp. 133-134).

La protagonista queda extasiada con la forma de ese paisaje masculino. Tanto el paisaje de la tierra —en el nivel narrativo— como el paisaje del hombre —en el nivel afectivo— funcionan como catalizadores del deseo sexual de la mujer. Ella intenta “entrar en razón”, pero no logra escapar a las necesidades de su cuerpo. La narradora nos cuenta sobre el cuerpo de la protagonista que “todo en él palpitaba. No sabía por qué. Sentía el recorrido de su propia sangre, la vibración febril de sus sienes, el aletear de su nariz; sintió que tenía abierta la boca y que aunque quisiera no podría quitar de esta ese gesto anhelante” (p. 137).

Al caer la noche, el auto en el que viajan el hombre y la mujer, sufre un desperfecto. El chofer decide iniciar el viaje a la mañana siguiente, por lo que la mujer, en concordancia con su deseo de llegar pronto más el deseo que le despierta el hombre, decide continuar el camino a pie por la carretera con él. “¡Qué natural le parecía, bajo el cobijo ardiente del calor, ir por un camino raro con un hombre cuyo nombre ignoraba!” (p. 138). Y entre los ruidos de la noche y los aromas de la tierra, caminaron juntos interpretando el paisaje que recorrían.

En este cuento, Oreamuno re-significa lo íntimo; apela a la vida afectiva y sexual de una mujer afuera del espacio tradicional establecido para los afectos. Además, modifica las relaciones intersubjetivas tradicionales en un espacio temporal narrativo en el que se confunden los roles sexuales. La autora trata el deseo de una mujer y un hombre (así son nombrados los personajes), pero hace girar la narración en torno al goce sexual femenino.

Antes de decidir continuar el viaje caminando, la narradora nos cuenta y comenta las observaciones de la mujer sobre el cuerpo del hombre.

Debajo de esa piel gruesa, de color moreno, un poco rojo, se mueven fuertes tendones y juegan fieros músculos [...] Ha de tener una dureza consoladora ese cuello al tacto. Ha de ser estupendo sentir bajo los dedos la tensión de los músculos jugar escurridiza.

[...]

Después de haber visto el cuello, de haber sentido el brazo, ya ella, presa del relajamiento horrendo del día, quería presentirlo y saberlo todo. Con una urgencia extraña necesitaba mirar la cara del hombre, oír su voz dirigiéndose a ella, y se sentía capaz de

hablarle para lograrlo (pp. 134, 135).

En conexión con su cuerpo y su deseo, la mujer decide seguir el viaje con el hombre, decíamos. En esta decisión se aprecia un tratamiento diverso al de nuestra tradición, que relaciona el deseo y la sexualidad con el pecado y el poder (Millet, 1969). Antes de abandonar el auto para seguir el camino a pie, la narradora nos explicita las acciones/sensaciones de la mujer.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y contra su voluntad, oyó el jadear de su propia respiración y presumió que un aire volcánico entraba en los pulmones haciéndola asfixiar. Y sin embargo, esta asfixia lenta no le producía angustia, lo que le daba era la sensación de transmutarse, de no ser ella, de irse poco a poco de su conciencia y entregarse ya sin combates al calor, a la irresponsabilidad y a la locura (pp. 136-137).

La transmutación con la naturaleza y el hombre, escenifican una horizontalidad que se va a mantener durante todo el encuentro. La narradora explicita que cuando el hombre toma del brazo a la mujer para salir del auto y caminar juntos por la carretera, ella no percibe ni corte-sía ni profanación, sino "principio de una comunión" (p. 140). A partir de aquí y durante la

caminata, se va produciendo un espacio ambiguo de transmutación entre el deseo de ambos y la naturaleza encarnada en la tierra, los aromas y la lluvia. De este modo, en el camino, la mujer le dice al hombre que huele su aroma, y él muy próximo le contesta lo siguiente:

Tiene el pelo suave, como yo la quería, y los ojos claros y la boca grande. Tiene manos fuertes y piernas largas y caderas llenas, como yo la quería. Cuando sonrío se entrega. Cuando mira hay puntillos amarillos y diabólicos en sus ojos; cuando toca, es suave como una mañana, como la más matinal de las mañanas. Toda es como yo la quería. Será fértil como la tierra que revienta después de la primera lluvia. Será buena como la sonrisa de un niño; y brava como río en montaña; y hostil con el hombre extraño, como el techo ajeno. Toda es como yo la quería (p. 141).

Posteriormente, la narradora nos aclara que él no la toca. Sin embargo, el espacio del deseo prolifera en la imaginación de la narradora, al desarrollar una erótica metonimia entre el sexo, el goce y el funcionamiento vital de la naturaleza.

La enredadera buscaría el tronco para trenzarlo, y crecería alocada por al-

canzar su cumbre. El musgo avanzaría sobre la raíz para cubrirla con la mansa e inexorable fuera de la ola, y se metería en sus más recónditos pliegues, y atesoraría la dulce humedad que sólo él, el musgo, en su apretada contextura, podría frente al calor retener para ella; y ella, la raíz, no estaría tan desnuda ni tan sedienta. Los pétalos de la orquídea, jugosos y profanos, se ofrecerían abiertos a la cúpula del polen y el insecto; y estarían blancos, pero encendidos en los bordes con un rubor violeta [...] Y todo, desde la tierra seca hasta la última hoja tierna que todavía atesoraba (para ella, la pequeña, la recién nacida) la última gota de savia, tenían un deseo fecundo de ser, de existir y reproducirse (pp. 141-142).

En la mixtura de los cuerpos humanos y de la naturaleza que se solicitan al ritmo de la imaginación y el deseo en la narración, se observa una clara posición de la narradora que naturaliza la consumación del deseo femenino.

Los seres humanos, en una noche así, dejaban de existir como unidades aparte y pasaban a constituir parte del todo natural. No había en la noche pesada lujuria ni concupiscencia, había

realización de hechos que la civilización, la mente y la lucha por la vida, han deformado hasta hacerlos parecer anormales. Y todo, como un río va al mar, volvía a caer, en una noche así, en la ley natural de la naturaleza. Caía el árbol, y la raíz, y la flor, y la tierra, y el animal, y el hombre (p. 142).

El disfrute de la sexualidad, lo íntimo del goce sexual de la mujer, se mezcla con el ritmo *necesario* de la naturaleza. En la narración, la descripción telúrica de transmutación de elementos vivos y la lluvia, graban el encuentro porque el hombre le dice a la mujer que al llover dejaran de ser hombres para entrar en armonía con la naturaleza, entonces si el árbol se estremece también ella lo hará y “él, uno con la tierra, con la tormenta y el árbol, sólo obedecía los grandes acordes del concierto natural, y se inclinaría sobre ella cuando se inclinara la rama bajo el peso del agua” (p. 144).

Había llovido tanto, tanto, la noche pasada. Había llovido tanto que ella, acostada no sabía por qué en aquella camita angosta de la fonda, ignoraba cómo había llegado.

¿Pero a quién se lo podía preguntar?

Un melancólico razonamiento que la molestaba,

hoy como nunca antes, había vuelto a su conciencia. [...] Después que vio por la ventana que los cerros estaban lavaditos, que las flores se habían abierto inusitadamente en el jardín del hotelillo, que un como remedo de hierba parecía querer romper la superficie de la tierra -dando por suficiente en su desazón aquel cuadro somero de su situación geográfica-, salió del cuarto para tratar de encontrar, con un mínimo de preguntas, el lugar donde se hallaba y la ruta que tenía que seguir. El jardín endomingado trajo a su mente una frase absurda: “suave como una mañana” (pp. 144-145).

A la mañana siguiente, la mujer viajera de paso en el “hotelillo”, evoca subrepticamente el espacio ambiguo de goce de la noche anterior. “Suave como una mañana” había sido descrita por el hombre en aquella dimensión suspendida en el espacio del sueño, y que insiste a primera hora del día en el pensamiento de la viajera.

Este tratamiento del cuerpo, el goce y la sexualidad, tiene un propósito distinto al de los escritores contemporáneos a Oreamuno. Patricia Alvarenga (2009) cuando estudia la sexualidad, la corporalidad y la etnia de hombres y mujeres en *Cuentos de barro* de Salarrué(1933),

*Gentes y gentecillas* de Fallas (1947) y *Hombres de maíz* de Asturias (1949), concluye que la utilización del cuerpo en estas narraciones sirve para “ensayar la parodia, el sarcasmo y la burla, dispositivos llamados a sancionar a quienes escapan de modelos éticos y estéticos ideales prevalecientes en el mundo de su época” (p. 343). Además, en todas estas narraciones que pertenecen a la Generación del Cuarenta, también, las mujeres figuran como lo otro inabarcable y peligroso cuando evaden los patrones establecidos. El tratamiento del cuerpo en estos autores, contribuye a normalizar el sometimiento de las mujeres a la sociedad patriarcal.

Es relevante considerar que esta utilización del cuerpo se produce en un período en el que el aparato estatal integra a las etnias y a los sectores subalternos, para conformar una cultura nacional. De este modo, estas narraciones sirven a la hegemonía, al establecer una identidad nacional que va a contribuir con el proyecto nacional, que establece como “natural” ciertos patrones sexuales de comportamiento y sanciona aquellas modalidades sexuales que salgan de la norma.

No está de más recordar, a partir de los estudios sobre la sexualidad y el poder de Michel Foucault (1977), que la normalización de los patrones sexuales de las mujeres exigió la exhaustiva

medición (y medicalización) de su cuerpo y de su sexo en “nombre de la responsabilidad que les cabría respecto de la salud de sus hijos, de la solidez de la institución familiar y de la salvación de la sociedad” (p. 168). En ese mismo sentido, el “discurso del honor” que planteaba Alvarenga en la conferencia del Círculo en el 2008, apunta al disciplinamiento del cuerpo de las mujeres que debían responder al mandato social del honor. Se trata de los cuerpos de las mujeres entendidos como capital simbólico de la familia y la sociedad, a la vez que utilizados como instrumento de negociación en el mundo patriarcal. Dicho en palabras de Foucault y en el marco de las modernizaciones de principios del siglo XX en Latinoamérica, los cuerpos de las mujeres fueron explotados aumentando sus fuerzas en términos económicos (para el trabajo doméstico y de cuidados), y disminuyendo las mismas fuerzas en términos políticos. El cuerpo de las mujeres como capital simbólico de nuestra “sociedad de sexualidad”, es el blanco de los mecanismos de poder que se dirigen a la vida para dominarla o utilizarla.

Como hemos visto luego del análisis del cuento, Oreamuno va a introducir ideas que se en-

caminan hacia una modernidad que no encarna los patrones sexuales vigentes hegemónicos. Es central en su escritura –afirma Maureen Shea (2009)– el radical rechazo a esta posición de sometimiento de las mujeres, que apenas pueden educarse y elegir su futuro. Además, y en concordancia con Joaquín Gutiérrez que toma distancia de “los cánones del realismo” (Rodríguez, 2007, p. 231), nuestra autora va a cuestionar la decadencia de la literatura que se expresa en los esencialismos, folclorismos o costumbrismos de la literatura nacionalista de su período. Vale recordar su ensayo “Protesta contra el folclor”, publicado en 1943 en *Repertorio Americano*, donde expresa lo siguiente:

El ciclo de literatura folclórica americana escala cumbres de magnitud insospechada, se extiende poderoso por muchas décadas [...] Cada nacionalidad ha sentido el imperativo histórico de lanzar la verdad dolorosa que penan, respectivamente, el indio, el cholo, el campesino, el mestizo, el criollo. El léxico se hincha con palabras de mucho *atl*, *iztl* [...] Al calor de este grito desgarrador se ha sacudi-

do la conciencia [...] Pero yo estimo que el clímax de saturación ha llegado y acuso a la literatura folclorista de unilateralidad (2011, pp. 63-64).

Una vez superado el ciclo de esta literatura, la escritora invita a escribir sobre las consecuencias de la industrialización, “progreso inmisericorde” mayor que el ejecutado por el criollo explotador o el *capataz* incivilizado. Es la vida urbana del continente el lugar que exige una atención literaria; donde está el empleado, la burocracia y el arraigo de tendencias “muy yanquis”. De lo contrario, si se insiste en el folclor, afirma Oreamuno, se alimenta la mirada exotista del extranjero opresor.

Para concluir, quisiera destacar que tal como feminismo radical del movimiento feminista en Estados Unidos, teorizado por Kate Millet (1969) y Shulamith Firestone (1970), los planteamientos feministas hispanoamericanos<sup>9</sup> de la primera mitad del siglo XX han contribuido a la problematización de la estructura familiar y la sexualidad femenina en el continente, al volver lo íntimo un asunto político que permite cuestionar las relaciones de poder insertas en

<sup>9</sup> Mayuli Morales (2015) en “Trece ensayistas latinoamericanas irrumpen en el canon del siglo xx. Una introducción” del libro *Latinoamérica pensada por mujeres: trece escritoras irrumpen en el canon del siglo xx*, expone el problema de la ausencia de escritoras en el campo literario y el canon ensayístico hispanoamericano de la primera mitad del siglo xx y recopila sus ensayos más significativos en el ámbito del pensamiento feminista. Las autoras reunidas son: Gabriela Mistral, Teresa de la Parra, Victoria Ocampo, Alfonsina Storni, María Wiesse, Camila Henríquez Ureña, Nilita Vientós Gastón, Margot Arce, Mirta Aguirre Carreras, Yolanda Oreamuno, Fina García Marruz, Rosario Castellanos y Carmen Naranjo.

los marcos excluidos de lo público y la relevancia nacional. Es ese sentido, y al interior de una sociedad heteronormativa que privilegia y valora el falo como agente de la sexualidad, la fecundidad y el goce, la propuesta de Oreamuno se convierte en una matriz contestataria de la decodificación sexista y hegemónica literaria de esta Generación, al romper con una figura clave de la formación de las naciones latinoamericanas: el “ángel del hogar”.

En ese sentido, y en consideración de las contribuciones que Oreamuno ha realizado a la literatura costarricense, la tarea de la crítica es realizar una relectura del canon literario de la Generación del Cuarenta en Costa Rica, para redefinir “lo social” y “lo comprometido” como exigencias que devienen, en el caso de Oreamuno y sus contemporáneas latinoamericanas, en obras con una plasticidad estética y política más compleja que el realismo social y el costumbrismo, ya que involucra un tema no visitado por la

literatura canónica de la década de 1940: el erotismo de las mujeres.

La realidad poliédrica que nos presenta Oreamuno no solo en este cuento, sino también en el ensayo (y en su obra total) donde crea y reflexiona diversas subjetividades que interactúan en el campo de lo privado, se presenta como un potente y atractivo pasaje textual de un corpus literario feminista que nos señala, en su conjunto, otro proyecto de modernidad latinoamericana.

## Referencias

- Alvarenga, P. (2009). Sexualidad, corporalidad y etnia en la narrativa centroamericana de la primera mitad del siglo XX. En: Grinberg y Roque-Baldovinos (eds.), *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas-II. Tensiones de la modernidad: del modernismo al realismo*. Guatemala: F & G Editores.
- Barraza Pizarro, L. (2013). Erotismo femenino en *(Des) encuentros (Des)esperados* de Andrea Maturana. *La Palabra*, (23), 63-76.
- Cabruja y Fernandez-Viilanueva. (2011). “Psicologías feministas: perspectivas críticas y radicales”. En Ovejero y Ramos (coords.), *Psicología social crítica*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Cisterna, N. (2016). *Entre la casa y la ciudad. La representación de los espacios público y privado en novelas de narradoras latinoamericanas de la primera mitad del siglo XX*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Foucault, M. (1977). *La historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber*. Madrid: Editorial Siglo XXI.
- Guenec, M. (2005). El campesino costarricense en las novelas de la primera mitad del siglo XX: la recuperación de un tipo nacional. *Revista Histoire(s) de l'Amérique latine*, 1, 1-13.
- Guenec, M. (2011). El compromiso político de la Generación del 40 en Costa Rica: el ejemplo de Fabián Dobles. *Escritural. Écritures d' Amérique latine*, (3.) Recuperado de <http://www.mshs>.

univpoitiers.fr/crla/contenidos/ESCRITURAL/ESCRITURAL3/ESCRITURAL\_3\_SITIO/PAGES/Guennec.html

- Guerra, L. (2014). *Ciudad, género e imaginarios urbanos en la narrativa latinoamericana*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Herrera, B. (2009). Modernidad y modernización literaria en Centroamérica. En Grinberg y Roque (Eds.), *Hacia una Historia de las literaturas centroamericanas - II Tensiones de la modernidad: del modernismo al realismo* (pp. 3-31). Guatemala: F & G Editores.
- Millet, K. (1969). *Política sexual*. Valencia: Ediciones Cátedra.
- Morales, M. (2015). *Latinoamérica pensada por mujeres. Trece escritoras irrumpen en el canon del siglo XX*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Moraña, M. (2014). *Inscripciones críticas. Ensayos sobre cultura latinoamericana*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Olivera-Williams, M. (2012). *El arte de crear lo femenino: ficción, género e historia del Cono Sur*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Oreamuno, Y. (2011). *A lo largo del corto camino*. Costa Rica: Editorial Costa Rica.
- Pratt, M., & Cano, G. (2000). “No me interrumpas”: Las mujeres y el ensayo latinoamericano. *Debate Feminista*, 21, 70-88. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/42624563>
- Rodríguez, F. (2007). Escribir con compromiso: la Generación del 40. *Káñina, Revista Artes y Letras*, 31(2), 227-236.
- Russoto, M. (2005). Propuestas de cultura: visiones de Costa Rica en las escritoras de la modernidad centroamericana (Yolanda Oreamuno, Eunice Odio, Carmen Naranjo). *Revista Iberoamericana*, 71(210), 177-188.
- Shea, M. (2009). Del apogeo al desaliento: la audacia de la escritora frente a su comunidad centroamericana entre 1880 y 1950. En: Grinberg y Roque-Baldovinos, R. (Eds.), *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas-II. Tensiones de la modernidad: del modernismo al realismo*. Guatemala: F & G Editores.
- Young, M. (2000). *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Editorial Cátedra.
- Zabala, M. (2009). El cuento que desafía. Las narradoras costarricenses y el gesto de ruptura. En *Centroamericana 16*. Volumen de la Cattedra di Lingua e Letterature Ispanoamericane, Università Cattolica del Sacro Cuore. Milán: Unicatt.